

MUNDICOLOR I

Elda atisbó desde lo alto de la escalera. Cuando el camino quedó despejado, bajó como un rayo y corrió hacia la salida del personal de servicio. Nadie podía oírla porque el suelo, excesivamente alfombrado, silenciaba sus pisadas. Lujosos e interminables pasillos recorrían todo el Palacio; pero la chica, para sus furtivas escapadas, evitaba siempre los corredores que conducían a la entrada principal.

Elda intentaba cada día ser feliz, pero se lo ponían ¡tan difícil...! No encontraba la forma de que le permitieran ser una chica sencilla y disfrutar de una vida también sencilla. Por su elevada posición social —hija única y heredera de los Príncipes—, se le presentaban escasas oportunidades de echarse amigas o amigos. La mayor parte de su tiempo transcurría en solitario. Perteneecía a lo más selecto de lo más selecto de la *Refinada Sociedad*, razón por la cual apenas se relacionaba con chicos y chicas de su edad.

Su familia y sus conocidos la consideraban rara y obstinada. La criticaban porque, pudiendo ser famosa, admirada, elogiada, deslumbrante..., se conformaba con ser una chica normal y corriente, y se oponía a las transformaciones fistéticas. También la censuraban porque prefería la soledad a la compañía, pero... es que ella no tenía libertad para elegir

compañeros a su gusto. Vivía rodeada casi por completo de adultos, que la agobiaban con cientos y cientos de normas.

A la Alta Comisión Protocolaria de Mundicolor no se le ocurría mejor ocupación que la de idear y promulgar interminables tandas de preceptos, sin límite ni medida. Estas iban siendo cada vez mucho más ridículas. Las había para cualquier tipo de asunto; menos para los que de verdad importaban, en opinión de Elda. Estos son algunos ejemplos de las normas que regían en su mundo: parpadear con ritmo y armonía; al hablar, elevar las manos hasta el mentón y moverlas como títeres, entonar unas notas musicales al recibir un elogio, levantarse y girar alrededor de la silla en los postres de los banquetes de gala... Un desorbitado reglamento, insustancial, absurdo y sin sentido.

Así que Elda pensaba:

«Cualquier día nos impondrán hasta la postura para dormir, y de natural y cómoda no tendrá nada. Será para morir de risa (o de pena), por supuesto».

Por todas esas razones y algunas más, a Elda le entusiasmaba fugarse de vez en cuando del Palacio, esa especie de presario al que estaba condenada. Librarse del gentío y refugiarse en algún rincón perdido le servía de válvula de escape para seguir soportando su monótona existencia.

Por completo no conseguía librarse, porque sus vigilantes seguían sus pasos como sabuesos, aunque ella se las ingeniaba muy bien para darles esquinazo cuando le convenía.

El aspecto de Elda avergonzaba a sus padres. Les disgustaba que no quisiera perfeccionar y acrecentar su belleza con las avanzadas técnicas del momento. Así lo requería el protocolo entre las personas de clase y rango elevados. Les costaba aceptar que prefiriese mantener su fisonomía natural; según ellos, propia de la gente «vulgar». Los sacaba de sus casillas la rotunda oposición de su hija a ser transformada,

tallada o modificada para remodelar su imagen y su figura de acuerdo con la moda de la Corte.

Con el tema de la imagen libraba Elda la mayor batalla. Podía decirse que era una contienda perdida; aun así, se resistía y luchaba con todas sus fuerzas para dar ejemplo a los demás. Tal vez, algún día, la gente volviera a sentirse orgullosa de conservar su aspecto personal y particular. Quizá se negaran a ser deformados.

Llegó a la puerta de atrás sin obstáculos y sin que nadie se interpusiera en su salida. Una vez fuera del edificio, atravesó los jardines en dirección a la Gran Verja, con tan mala suerte que sus padres la vieron y le hicieron gestos para que se acercara a ellos. No tuvo más remedio que acudir.

—Elda, ven aquí, por favor. De ti hablábamos, precisamente.

«¡Cómo no! —pensó—. Me va a caer otra de sus aburridas amonestaciones. Ahí están, igual que siempre, vestidos de gala para pasear por el jardín. ¡Pero qué ridículos! ¿No podrán ponerse una ropa más cómoda y práctica para moverse entre las plantas?».

Su padre, el Príncipe, llevaba el cabello recogido en cientos de finísimas y largas trenzas. Estas se abombaban hacia la parte de atrás como un globo. Parecía que un enorme pez engullera su cabeza. Vestía una amplia camisola hasta la rodilla, con cuello de girasol. Graciosas formas de pétalos, confeccionadas en malla de oro, bordeaban su barbilla y su nuca. Las mangas parecían alas en reposo, formadas por una escalinata de capas superpuestas, cada cual más corta que la inferior. El pantalón, exageradamente ceñido a las regordetas piernas, se adentraba en unos holgados botines de reptil de estepa.

Su madre, la Princesa, iba ceñida por un mono oscuro, precintado con cinco cremalleras de platino: dos delanteras, una posterior y dos laterales. La parte superior del mono acababa en un gigantesco cuello-hombros, tejido en filigrana

de platino y perlas, que triplicaba el tamaño de los hombros. Y sobre estas exageradas hombreras reposaba el cabello, como un arco iris invertido, con las puntas desparramadas y curvadas hacia el cielo.

Sus padres desprendían tal resplandor: sus rostros, sus cabellos, sus vestimentas..., que parecían enormes luciérnagas de día. Elda tuvo que entornar los ojos para poder mirarlos de frente. Enseguida empezaron a exponerle sus quejas habituales. Mientras hablaban gesticulaban con las manos, haciendo el cursi, como establecían las distinguidas Normas Sociales. Las movían sin parar a la altura de la cara.

—Mírate bien. ¿Te has fijado en el aspecto que tienes? No puedes seguir retrasando más tu esculpido y pulimentado, Elda —comenzó su padre—, la Corte así lo requiere. Tu imagen es penosa, posee menos refinamiento que el de una sirvienta de las más rústicas.

—Padre, no es justo que la Corte decida el aspecto que yo debo tener. No deseo que mi cuerpo cambie de forma. ¿Qué hay de malo en él? Me gusta tal y como está. Me opongo a ser transformada y a que me torturen hasta convertirme en una muñeca de caramelo y porcelana. No me dejaré reducir a un objeto posfabricado, como la gran mayoría de las chicas súper. Algunas ya no conservan ni un solo rasgo de los que trajeron al mundo cuando nacieron. Son totalmente sintéticas. ¡Si parecen todas idénticas! Calcadas unas de otras. ¿Es que no lo veis? Prefiero seguir siendo yo misma, y a quien no le guste..., que se aguante.

—¿Cuándo piensas entrar en razón? Tienes catorce años y eres la hija de los Príncipes. No puedes seguir asistiendo a las celebraciones con esa imagen tan horrorosa, debes rectificarla. Espantas a los asistentes.

—Por eso mismo prefiero no acudir a esos frívolos espectáculos, padre, para no ahuyentar a nadie.

—Pero es tu obligación hacerlo —insistió su madre—. Eres la sucesora del Principado. ¿No lo comprendes? Ni siquiera has llegado a tener el título de Primera Estrella ni de Estrella de honor, como corresponde a las hijas de los altos Dignatarios. Precisamente tú, la Principina; la joven más notoria de la Corte.

—¿Para qué quiero yo esos títulos?

—Serías idolatrada, ensalzada. Todos los ojos se volcarían en ti, y las otras chicas suspirarían de envidia al mirarte.

—¡Y qué, madre! ¿Para qué me serviría? Yo disfruto con la naturaleza, con la lectura, con la música, con la gente normal y corriente...

Sus padres la miraban como si estuviera loca de remate, como si blasfemara.

—Exponerme delante del personal como un mono e interpretar poses para que me miren no me parece motivo para disfrutar. No me aporta nada. No quita el hambre, ni el calor ni el frío... No satisface los sentidos ni el corazón.

—Satisface el ego, hija mía. ¡El ego!

—El ego, el ego... Siempre salís con lo mismo. Eso que llamáis ego a mí se me debe de haber extraviado, porque no me lo encuentro por ninguna parte.

—¡¡A mí me va a dar algo!! ¡Como esto siga así, me voy a desvirtuar, querido! —exclamó la Princesa con teatrales ademanes mientras se abanicaba con una mano.

El tono irónico de Elda exasperaba y sacaba de sí a sus progenitores. El Príncipe estaba casi a punto de perder los buenos modales. Así que para no dejarse llevar por la ira (que, además, deterioraba mucho la imagen), se alejó acalorado. La Princesa dirigió a su hija una mirada de reproche, luego elevó el mentón con pose de indignada, se giró con solemnidad y partió tras él.

En el Palacio Ópalo se celebraban fiestas de continuo: recepciones, conmemoraciones, galas y otros eventos. En ello